

Introducción del Informe WEO de abril de 2020

El mundo ha sufrido un cambio radical en los tres meses transcurridos desde la publicación de nuestro último informe sobre su situación económica, la actualización de las *Perspectivas de la economía mundial*. En previos debates sobre política económica, el escenario de una pandemia había sido planteado como una posibilidad, pero sin que nadie tuviera una idea clara de lo que implicaría en la realidad ni de lo que supondría para la economía. Ahora estamos frente a una lúgubre realidad, en la que el crecimiento exponencial del contagio significa que, en cuestión de pocos días, 100 personas infectadas pasan a ser 10.000. Trágicamente, se están perdiendo muchas vidas humanas y el virus continúa propagándose velozmente por el mundo. Tenemos una inmensa deuda de gratitud con los profesionales médicos y los servicios de socorro de primera línea que están trabajando infatigablemente para salvar vidas.

Se trata de una crisis sin precedentes. En primer lugar, el shock es enorme. La pérdida del producto relacionada con esta emergencia sanitaria y con las consiguientes medidas de contención eclipsa por completo las pérdidas que desencadenaron la crisis financiera mundial. En segundo lugar, al igual que en una guerra o una crisis política, la incertidumbre reinante en torno a la duración y la intensidad del shock es persistente y severa. En tercer lugar, en las actuales circunstancias, la política económica ha de desempeñar un papel muy diferente. En crisis normales, las autoridades encargadas de las políticas procuran impulsar la actividad económica estimulando la demanda agregada lo más pronto posible. Esta vez, la crisis es consecuencia en gran parte de las necesarias medidas de contención. Esto significa

que estimular la actividad es una tarea aún más complicada y, al menos en el caso de los sectores más afectados, ni siquiera es algo recomendable.

El pronóstico para la economía mundial que se presenta en este informe refleja nuestra concepción actual de la trayectoria de la pandemia y de las medidas de salud pública que son necesarias para frenar la propagación del virus, proteger vidas y permitir que los sistemas sanitarios hagan frente a la situación. En este sentido, nuestro análisis se ha nutrido de numerosas conversaciones con epidemiólogos, expertos en salud pública y especialistas en enfermedades infecciosas que están buscando terapias contra la COVID-19. Pero aun así, persiste una considerable incertidumbre en torno al pronóstico, la pandemia en sí, las secuelas macroeconómicas y las consiguientes tensiones en los mercados financieros y de materias primas.

Es muy probable que este año la economía mundial experimente la peor recesión desde la Gran Depresión, que relegará a un segundo plano la recesión registrada durante la crisis financiera mundial hace una década. Según las proyecciones, el Gran Confinamiento, como cabría denominarlo, provocará una drástica contracción del crecimiento mundial. Para 2021 se proyecta una recuperación parcial, con tasas de crecimiento superiores a la tendencia, pero con un nivel del PIB que permanecerá por debajo de la tendencia previa al virus, y con mucha incertidumbre en cuanto al vigor de la recuperación. Es posible, y quizás hasta probable, que se registren cifras de crecimiento mucho peores. Esto sucedería si la pandemia y las medidas de contención se prolongan, si las economías emergentes y en desarrollo se ven aún más golpeadas, si persisten las condiciones financieras restrictivas, o si se registran

secuelas más duraderas y generalizadas debidas a cierres de empresas y desempleo prolongado.

Será necesario abordar la crisis en dos fases: una de contención y estabilización, seguida de otra de recuperación. En ambas fases, las políticas de salud pública y las políticas económicas han de cumplir papeles fundamentales. Las cuarentenas, los confinamientos y el distanciamiento social son indispensables para desacelerar el contagio, dar tiempo a los sistemas sanitarios para que puedan absorber la escalada de la demanda de sus servicios y dar tiempo asimismo a los investigadores para que procuren desarrollar tratamientos y una vacuna. Estas medidas pueden ayudar a evitar una caída de la actividad aún más grave y prolongada, y pueden sentar las bases para la recuperación económica.

Es esencial incrementar el gasto sanitario para garantizar que los sistemas de salud estén dotados de capacidad y recursos adecuados. Deberían considerarse prestaciones especiales para los profesionales médicos —que están en el frente de la lucha contra la pandemia—, como por ejemplo asignaciones para estudios para sus familias o generosas prestaciones para supérstites.

Mientras la economía esté paralizada, las autoridades tendrán que garantizar que la gente pueda cubrir sus necesidades y que las empresas puedan reactivarse una vez que hayan pasado las fases agudas de la pandemia. A tales efectos se necesitan importantes medidas fiscales, monetarias y financieras focalizadas para preservar los vínculos económicos entre trabajadores y empresas y entre prestamistas y prestatarios, manteniendo intacta la

infraestructura económica y financiera de la sociedad. Por ejemplo, en las economías emergentes y los países en desarrollo con amplios sectores informales, se puede recurrir a nuevas tecnologías digitales para brindar apoyo focalizado. Resulta alentador que en muchos países las autoridades hayan confrontado este reto sin precedentes adoptando de inmediato una amplia gama de medidas.

Los estímulos de amplia base y los servicios de liquidez para reducir la tensión financiera sistémica pueden apuntalar la confianza y evitar una contracción aún más profunda de la demanda, al limitar la amplificación del shock en el sistema financiero y al afianzar las expectativas de la eventual recuperación económica. Las rápidas e importantes medidas adoptadas por varios bancos centrales también han sido cruciales en este sentido, y han evitado caídas aún más bruscas de los precios de los activos y la confianza. Algo particularmente importante ha sido la activación y el establecimiento de líneas de crédito recíproco (o de *swap*) entre los principales bancos centrales con el fin de proporcionar liquidez a escala internacional.

El panorama económico se verá radicalmente alterado durante el período de la crisis y posiblemente después, con una mayor participación del gobierno y los bancos centrales en la economía.

Las economías avanzadas que cuentan con una sólida capacidad de gestión de gobierno, sistemas sanitarios bien equipados y el privilegio de emitir monedas de reserva gozan de condiciones relativamente mejores para afrontar la crisis. Pero varias economías de mercados emergentes y en desarrollo que carecen de activos similares y que afrontan crisis sanitarias,

económicas y financieras simultáneas necesitarán la ayuda de acreedores bilaterales de las economías avanzadas y de instituciones financieras internacionales.

La cooperación multilateral será fundamental. Además de compartir equipos y conocimientos especializados para reforzar los sistemas sanitarios en todo el mundo, debe haber un esfuerzo mundial para garantizar que los países tanto ricos como pobres tengan acceso inmediato a las terapias y vacunas que se desarrollen contra la COVID-19. La comunidad internacional también tendrá que incrementar la asistencia financiera a muchas economías de mercados emergentes y en desarrollo. En los casos en que se deban efectuar cuantiosos reembolsos de deuda, quizá sea necesario considerar moratorias o reestructuraciones de la deuda.

Por último, conviene pensar en las medidas que podrían adoptarse para evitar hechos como un resurgimiento de la pandemia. Las mejoras de la infraestructura sanitaria pública a escala mundial podrían reforzar la seguridad tanto de la salud pública como de la economía mundial; entre estas mejoras cabe mencionar un intercambio más abundante y automatizado de información sobre infecciones inusuales, un despliegue más anticipado y generalizado de mecanismos de pruebas, la acumulación de reservas mundiales de equipos de protección personal y la adopción de protocolos para eliminar las restricciones al comercio de suministros esenciales.

Pese a la gravedad de las circunstancias, hay muchas razones para el optimismo. En países que han sufrido brotes importantes, la incidencia de la enfermedad ha disminuido tras la adopción de estrictas prácticas de distanciamiento social. El ritmo sin precedentes al que

avanzan las investigaciones sobre tratamientos y vacunas también es motivo de esperanza. Las rápidas e importantes medidas de política económica adoptadas en muchos países ayudarán a proteger a las personas y a las empresas, evitando así dificultades económicas más severas y sentando las bases para la recuperación.

La última vez que la economía mundial se enfrentó a una crisis de esta magnitud en la década de 1930, la falta de un prestamista multilateral de última instancia obligó a los países a salir en búsqueda de liquidez internacional, para lo cual adoptaron vanas políticas mercantilistas que no hicieron sino empeorar la desaceleración mundial. Una diferencia clave en la actual crisis es que ahora contamos con una red mundial de seguridad financiera más sólida —en cuyo centro está el FMI— que ya está brindando ayuda activamente a los países vulnerables.

Hace diez años, los países miembros del FMI reforzaron los recursos de la institución para asistir a los países que enfrentaron restricciones financieras durante la crisis financiera mundial de 2008-09. El FMI una vez más está colaborando activamente en los esfuerzos en materia de políticas que están desplegando los países para limitar el daño económico, a través de sus servicios de préstamo, que incluyen el financiamiento de emergencia mediante desembolsos rápidos. Y los países miembros una vez más están redoblando sus esfuerzos con el fin de afianzar más los recursos de la institución para lo que parece ser una crisis de proporciones aún mayores que la que vivimos hace un decenio. Estos esfuerzos serán muy útiles para garantizar que la economía mundial retorne a su cauce una vez que se disipe la pandemia, que se reabran los lugares de trabajo y las escuelas, que se reactive la creación de empleo y que los consumidores retornen a los lugares públicos; en pocas palabras, para

garantizar que podamos volver a las rutinas económicas e interacciones sociales que hasta hace poco dábamos por sentadas.